

AL morir mis abuelos paternos, mis padres se mudaron de la calle Toledo, donde nací, a la calle Ancha. Tenía yo cuatro años.

La calle Ancha

Había nacido el día 10 de Septiembre de 1893, a las doce de la mañana, asistido por la tía «Antoniona» (Antonia Atienza) partera, casada, con domicilio en la calle del Mediodía número 4, como ya se dijo en el Fascículo 5.º, al incluirla en el capítulo de Medicina popular. No firmó mi inscripción, por no saber escribir, ni hacerle falta, pues su listeza quedó bien acreditada ante todos los escribanos. Mis recuerdos del pueblo empiezan y terminan en esta calle hermosa de cuya vida tengo saturada el alma.

La casa fué partida para los dos hermanos, José y el Jaro. El abuelo «Ruñao» la había comprado el 16 de Agosto de 1883, a Petra Serrano Mongero, soltera, natural y vecina de Alcázar. Estaba señalada con el número 18 y tenía una superficie de 5.715 pies cuadrados y por detrás un alcazel de 8 celemines, inmediato a las yeserías, que entró también en el trato. La vendedora lo había heredado de su madre Eulogia Mongero San Miguel.

La finca completa lindaba, por la derecha de su entrada, con Julián Beamud; por la izquierda, con los herederos de Bernardo Ropero. El alcazel lindaba, por el saliente, con la era de Juan Castellanos Muñoz; por el poniente, con Pedro Antonio Ramos y al norte, con la travesía que salía de la Cruz Verde al Paseo de la Estación, luego calle de Cervantes.

El precio puesto a la finca fué el de 2.251 pesetas.

La calle Ancha se ha transformado totalmente, pero aun queda frente a mi casa la esquina de «Chala» con el encanto de su ancianidad, que ya tenía en mi infancia, donde los chicos que buscaban el sol, escasos de ropa, atendos, con los pelos de punta y el moco colgando, mordisqueaban la cata de aceite en la orilla de pan moreno.

Dentro de lo que supone la falta de pavimentación, esta calle siempre fué limpia, por su gran altura y fácil desagüe de la calzada en todas direcciones. Las aceras siempre estuvieron bien empedradas y a la entrada desde el Cristo, había una serie de patios notables, por su am-

plitud y por el empedro, hermoeados con nutridas plantaciones de manzanilla, el de la Bernardina de Pepe Canto; el de la tía Joaquina del Suero; el de «Veneno»; el de la tía «Mocosa»; el de la Ursula de Beamud. Ninguna de las hermosas casas que se han construido en ellos, ha mejorado las condiciones de las viviendas que había en el fondo de esos patios pero han cambiado totalmente la vista de la calle. Antes, las ventanas daban a los grandes patios descubiertos, donde se hacía la vida. La calle quedaba solitaria, las paredes bajas, lisas y menos cuidadas.

El piso de la calle era muy arcilloso, por eso tenía en la puerta Juan el «Quico» los mejores **gomaeros** de barro barnoso. Frente por frente estaban las dos casas más típicas de la calle.

El gran desnivel que hay entre la calle y la callejuela, estaba proporcionalmente repartido y no era tan apreciable como ahora. Tenían puertecillas de una hoja, muy juntas con gatera, pintadas de almagra: parecían madrigueras. Había que bajar unos escalones para entrar. Las ventanas eran muy pequeñas, como agujeros y las cámaras bajas. En cada una de ellas vivía una familia numerosa; la tía «Cacha» y la Clotilde del Moreno Parra.

Quienes las hayan tratado, no tendrán dudas de lo que fueron aquellas mujeres, por los chicos tan buenos que criaron.

Por encima, estaba «Sopas» y por debajo, el tío «Chala», muy viejo y rechoncho, con gafas. Un hombre que nos daba miedo a los chicos, por estar solo, era el tío Marchani. Más allá estaban los «Diablos», apodo que supone bastante deseo de involucrar las cosas, porque más bien se les podría llamar ángeles, sin querer decir con ello que la calle fuera el Paraíso, pues a pesar de estar ocupada totalmente por personas de buena pasta, no faltaron en ella las minucias propias de los lugares pequeños y pobres. pero ¡qué suave ternura despierta el sitio del batallar infantil!

Había en la calle varios portones juntos, apareados, como hermanos gemelos. Uno de grato recuerdo por su gente bondadosa, era el de las «Laureas». Todos tenían algún ventanillo al lado, pero sin ventana o con marco de cristal, sujeto con un clavo metido en el cerco,